



Metáforas al aire,
núm. 4, enero-junio, 2020.
pp. 10-17
ISSN: 2594-2700

Breve intento de comprender la violencia: una aproximación desde Hannah Arendt

Tania Salgado Villanueva*

Resumen:

La violencia es un tema imprescindible si deseamos pensar nuestro contexto actual. La escritora Hannah Arendt aborda el tema desde su mundo que en ese momento atraviesa fuertes situaciones, ya que algunas ideologías políticas ocultan, o peor aún, justifican la violencia, teniendo como resultado acciones infames en contra de la vida de millones de personas. Con las ideologías políticas desarrolladas actualmente en México, y con el impacto que ha tenido en los modos de vida, y la vida misma, retomar el universo conceptual arendtiano —sin omitir las distinciones necesarias— se torna una opción para pensarnos, y quizá, ofrecer respuestas.

Palabras clave: violencia, actual, mundo, política, ley.

Si deseamos pensar sobre violencia nos damos cuenta de que está presente casi siempre; pareciera que sus únicas condiciones que posibilitan su existencia son tiempo, espacio y seres humanos.

Un motivo por el cual es posible creer que la violencia es constante es porque podemos encontrarla en distintos ámbitos durante distintas épocas. En el ámbito literario y artístico la podemos rastrear en el poema sumerio el *Gilgamesh*, escrito en los años 2000-2500 a.C. aproximadamente. en la pintura "El juicio final (Infierno)" de Fray Angelico, hecha en 1431; en el compendio de cuentos llamado *The Naked Lunch* de W. Burroughs de 1959; y en el texto "La

* **Estudiante de Licenciatura en Filosofía en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.**



prieta" de Gloria Anzáldua de 1988, por mencionar algunos ejemplos. Como resultado de las abundantes apariciones en distintos momentos y ámbitos, se convierte en indudable que la violencia ha sido y continúa siendo un fenómeno constante en las relaciones humanas.

Al mostrar los ejemplos podemos notar que la violencia es un fenómeno de amplia extensión y además es ambiguo. Por estos motivos, cabe realizar la siguiente pregunta: ¿cuáles son las características que nos dicen que algo es violencia? Si queremos intentar dar respuesta es necesario realizar una exhaustiva investigación y, aun así, sigue siendo difícil contestarla. La dificultad al intentar objetar una respuesta yace en que cada percepción sobre la violencia se desenvuelve en miradas y espacios determinados, a cada noción de violencia corresponde un contexto social, y dentro de ese contexto, un sinfín de opiniones contribuyen en su definición.

La violencia es un concepto vivo, ya que al intentar señalar parcelas de la realidad cambia constantemente. No existe un concepto terminado y cerrado de "violencia", pues si fuera así, ya habríamos llegado al límite de las estructuraciones jurídicas desde hace tiempo, puesto que no necesitaríamos incluir sentidos emergentes del término. Esto quiere decir que habría algo que es violencia y no existiría posibilidad de ampliar esa percepción. Si fuera así, no se habría podido incluir tipos específicos de violencia al sistema jurídico mexicano, tal como fue el caso del término "violencia intrafamiliar" focalizado en la década de los setenta.

Hablar de violencia en cualquier sentido implica la arbitrariedad del lugar y el pensamiento que habla, pese a que la violencia es un fenómeno constante que no se expresa siempre de la misma manera. En un amplio repertorio de autores que trabajan el tema, he elegido a Hannah Arendt para realizar el presente texto. Las causas por las cuales tomé esa decisión son la cercanía que mantiene con nuestro momento y que su postura se asemeja a la concepción de violencia antes dada. Ella trata de que el concepto que usa se plasme en su mundo; no pretende crear una teoría alejada de él, pese a que esté consciente de no poder copiarlo con exactitud, y tal vez, ni siquiera referirle, aunque de él emerja.

Considero que el pensamiento político de Arendt tiene por finalidad la comprensión de un mundo que se encuentra atravesado por hechos violentos, a saber, el fin de la

La violencia es un fenómeno constante que no se expresa siempre de la misma manera.

Segunda Guerra Mundial y el holocausto. Aunque no poseamos la experiencia de su mundo como tal, la autora provee herramientas conceptuales que nos pueden servir para pensarnos y proponer respuestas.

Cuando alguien nos dice una palabra no podemos evitar hacer una serie de asociaciones se nos vienen a la cabeza imágenes de lo que entendemos o comprendemos por dicha palabra. Esto mismo pasa cuando escuchamos la palabra violencia. Si hacemos el ejercicio de salir a la calle y preguntarle a cualquier persona "¿qué piensas cuando piensas en violencia?", seguramente nos referirán hechos de nuestro conocimiento popular, como las catorce muertes en Culiacán, Sinaloa, o las 15 muertes en Tepochica, Guerrero, en ambos casos ocasionadas por enfrentamientos armados el 14 y 15 de octubre de 2019. Estos hechos ocurridos tan sólo en dos días del mes de octubre no fueron los únicos, pero sí los que tuvieron mayor cobertura por parte de los medios informativos.

Si realizamos el ejercicio sugerido con nosotros mismos, no sería extraordinario atraparnos pensando en los hechos mencionados, puesto que nuestra experiencia del mundo posibilita que seamos testigos de los mismos eventos. Eventos como los mencionados anteriormente forman lo que comprendemos por violencia en la actualidad.

De igual manera, tampoco nos escapamos a la diversidad de discursos que señalan la violencia desde distintos lugares e ideas, pues formamos parte de un entendimiento popular del concepto violencia, en el cual también rondan otras nociones que crean la apariencia de estar imbricadas en el concepto mismo, pues la gran mayoría de las veces no se distingue donde acaba una y empieza la otra. Esta indistinción se aprecia en la noción de violencia y poder.

Es bien sabido que pensar los discursos que fundamentan algunos conceptos es abrumador. En los discursos que aseguran que violencia es lo mismo que poder, suele suceder que el desarrollo es convincente y las implicaciones previstas se tornan necesarias. Sin embargo, Arendt nos plantea que dicha equivalencia conlleva una serie de implicaciones perniciosas para el tejido social. Generalmente los eventos violentos se ven justificados por discursos que legitiman un poder, borrando la línea que divide a ambas nociones se llega a la conclusión de que ejercer violencia es ejercer poder; y ejercer poder es deseo, por lo tanto, se deduce que la violencia es deseada.

Un ejemplo de lo anterior (en muchas ocasiones) es la forma en la que se presenta el narcotráfico en México (esto es, por los medios de comunicación o a través de “narcocantantes”) es haciendo una equivalencia entre dichos conceptos, nosotros poseemos las herramientas necesarias para la violencia (las armas), así que nosotros poseemos el poder.

Por otra parte, sucede lo mismo con el Estado, se ha creado y mantenido la idea de que nos encontramos sometidos a él porque es quien posee el monopolio de las armas. Esta visión no es gratuita, ha sido creada por hechos violentos que el Estado ha cometido en contra de los ciudadanos y no ciudadanos.

Bajo un panorama donde el poder siempre se ve justificado por la violencia, fácilmente podemos llegar a creer que la violencia es un fin deseado. No obstante, para Arendt violencia y poder no refieren a lo mismo, y mucho menos son equivalentes, ya que “emplearlas como sinónimos no solo indica cierta sordera a los significados lingüísticos, lo que ya sería suficiente serio, sino que también ha tenido como consecuencia un tipo de ceguera ante las realidades a las que corresponden” (59).

La asociación entre violencia y poder no es reciente, posee una historia que la justifica. Constantemente políticos-teóricos repiten el siguiente margen: el poder es un instrumento de mando, y al mismo tiempo, el mando surge del instinto de dominación. De igual manera, el Estado es aparato represor y las leyes son imposiciones que deben ser obedecidas.

Esto debe resultarnos familiar, ya que nuestra visión sobre política comparte similitudes con el margen. Estos supuestos se han establecido como creencias y son partes fundamentales de ideologías populares. Sin embargo, Arendt nos señala dos momentos donde las categorías del margen no poseían esos sentidos. Antes mando y obediencia no anidaban en el concepto de ley, como ahora sucede, cuando la Ciudad-Estado ateniense llamó a su constitución una isonomía o cuando los romanos hablaban de la *civitas* como de su forma de gobierno, pensaban en un concepto del poder y de la ley cuya esencia no se basaba en la relación mando-obediencia (55).

Arendt también argumenta que las personas involucradas en revoluciones durante el siglo XVIII tenían en la mira el concepto de poder antes referido. Por este motivo

en la construcción de la república, en teoría, la ley descansaba en el poder del pueblo, se asumía una participación social en lugar de una obediencia rígida. Si bien es cierto que se continuaba haciendo uso de la palabra obediencia, Arendt arguye que era en un sentido más ligado al de apoyo y no al de sumisión.

Si pensamos en la semejanza de la ley con las reglas de un juego, Arendt nos dice que:

la clave de estas reglas (las del juego) no es que yo me someta voluntariamente o que reconozca teóricamente su validez, sino que, en la práctica, yo no puedo participar en el juego a menos que me acate; mi motivo para la aceptación es mi deseo de jugar, y como los hombres solo existen en pluralidad, mi deseo de jugar es idéntico a mi deseo de vivir. Cada hombre nace en una comunidad con leyes preexistentes que obedece en primer lugar porque no hay para él otra forma de participar en el gran juego del mundo. (132)

Fue durante el siglo XVIII que se empezaron a objetar ideas sobre contratos sociales. En ellos se asume que al ser participe en la estructuración de las leyes que velan por el bien individual y común, los ciudadanos cedían casi en automático su consentimiento. De esta manera el poder, según Arendt, reposa en un actuar concertado que conlleva asumir una responsabilidad social, donde el número de personas que estén de acuerdo es relevante.

A nosotros nos cuesta percibir el poder de esa manera, porque contamos con una lejanía ideológica. Cuando pensamos en la obediencia que implica el Estado no nos pensamos apoyándolo, más bien, nos vemos siendo reprimidos por él. Esta visión no es gratuita, es resultado de una serie de eventos que sucedieron y discursos que nos lo han mostrado así. Para tener una idea más clara de lo aquí expresado, podemos detenernos a pensar en el terror que para Hobbes constituía estar en medio de una guerra civil, el anhelo de una vida sin la incertidumbre perpetua de una muerte violenta.

Todas las consecuencias que se derivan de los tiempos de guerra, en los que cada hombre es enemigo de cada hombre, se derivan también de un tiempo

Esta visión no es gratuita, es resultado de una serie de eventos que sucedieron y discursos que nos lo han mostrado así.

en el que los hombres viven sin otra seguridad que no sea las que le procura su propia fuerza y su habilidad para conseguirla. En una condición así, no hay lugar para el trabajo, ya que el fruto del mismo se presenta como incierto; y, consecuentemente, no hay cultivo de tierra; no hay navegación y no hay uso de productos que podrían importarse por mar; no hay construcción de viviendas, ni de instrumentos para mover y transportar objetos que requieren la ayuda de una fuerza grande; no hay conocimiento en toda la faz de la tierra, no hay cómputo del tiempo; no hay artes; no hay letras; no hay sociedad. Y, lo peor de todo, hay un constante miedo y constante peligro de perecer con una muerte violenta. Y la vida del hombre es solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta. (Hobbes 104-105)

En nuestro caso la probabilidad de una muerte violenta, también es latente aunque en distintas condiciones y en menor medida. Pese a tener una constitución no hay una estructura sólida del poder, ocasionando un escenario político donde violencia y decadencia son personajes frecuentes. De igual manera las instituciones no funcionan como deberían, dando como resultado desigualdad, exclusión e injusticia.

Arendt nos dice que "todas las instituciones políticas son manifestaciones y materializaciones de poder; se petrifican y decaen tan pronto como el poder vivo del pueblo deja de apoyarlas" (56). Nosotros no podemos apoyar a las instituciones si estas no cumplen sus objetivos, o si sus objetivos son tergiversados para beneficiar a determinados grupos sociales, esto significa que la decadencia actual de algunas de nuestras instituciones muestra que el poder que en potencia tiene el pueblo no yace en ellas. Por este motivo (a saber, por la decadencia de instituciones que, en teoría, nos garantizarían una mejor calidad de vida) se consolidó la creencia de que estar en el Estado es sumisión y no un beneficio.

Una diferencia grande entre poder y violencia es que ésta última siempre necesita herramientas. Arendt nos dice que no es un fin en sí misma, y si así lo fuera, nuestra única ocupación sería el constante perfeccionamiento de las armas, nos olvidaríamos de la posibilidad del diálogo, y como consecuencia, se inhabilitaría un espacio donde podrían reestructurarse los intereses sociales.

Cuando la violencia ha destruido todo, emerge el terror y genera control social, en este punto es importante notar que el control no es parte del poder, como podría intuirse. Tampoco es irracional ni bestial. Arendt nos pide no perder de vista las justificaciones sobre lo que se ha tomado como causa de la violencia, esto es, la naturaleza del comportamiento humano. Los resultados de las investigaciones, tanto de las ciencias sociales como de las naturales, tienden a considerar al comportamiento violento como una reacción más "natural" de lo que estaríamos dispuestos a admitir sin tales resultados (81). En esta interpretación, poco se puede objetar en contra de la violencia, ya que cae en el abstracto de lo considerado natural.

Lo anterior no implica que la violencia sea algo completamente lejano al ser humano, la rabia y la violencia, que a veces —no siempre— la acompaña figuran entre las "emociones humanas naturales" y curar de ellas al hombre no sería más que deshumanizarle o castrarle (86). Esto tampoco quiere decir que la respuesta a un mundo violento sea un estado de absoluta pasividad, ya que nos conduciría a la falta de acción política, "nadie discute el uso de la violencia en defensa propia porque el peligro no solo resulta claro, sino que es actual y el fin que justifica a los medios es inmediato" (72).

La violencia puede dar un resultado a corto plazo y dirigir los reflectores hacia un punto, pero no es una respuesta a largo plazo ni una solución definitiva. Por eso la violencia es solo el camino y el poder es la meta. Si pensamos en las definiciones violencia y poder (expresadas aquí) podríamos notar implicaciones tácitas en algunos discursos ideológicos populares, podríamos empezar a estructurar espacios de diálogo y replantearnos las responsabilidades de vivir en sociedad.

En conclusión, y retomando la pregunta planteada en un inicio, a saber, "¿cuáles son las características que nos dicen que algo es violencia?", apoyados en Arendt, podemos responder que la violencia siempre necesita de herramientas, esto es, de armas. La violencia es una acción que perjudica la integridad humana y esto se puede ver claramente cuando hablamos sobre guerra.

De igual manera un punto fundamental que también sirve para delimitar lo que es violencia, fue mencionar que no es violencia, y la violencia no es poder. Si pensamos



esta distinción considero que se abre un campo de posibilidad para replantearnos algunos problemas actuales. Nuestro mundo es sumamente violento, la declarada "guerra contra el narcotráfico" se ha convertido en un argumento para justificar nuestro entorno, y justificar la posibilidad de una muerte violenta ya que nos encontremos regidos por una constitución e instituciones encargadas de proporcionarnos seguridad y cuidar nuestro bienestar.

Bibliografía

Hannah, Arendt. *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza, 2015.

Impreso.

Thomas, Hobbes. *Leviatán*. España: Gredos, 2015. Impreso.